

Viajeros y diplomáticos en el reinado de Fernando VII. El descubrimiento de España por los americanos

Rafael Sánchez Mantero

Universidad de Sevilla

El conocimiento de la España de Fernando VII nos ha llegado en buena parte a través de los testimonios escritos de los contemporáneos. Algunos españoles que tuvieron un mayor o menor protagonismo histórico en aquellos años dejaron constancia escrita de su experiencia y nos transmitieron una versión de la España del primer tercio de la centuria. El propio rey, en sus Memorias, el marqués de las Amarillas, Mina o Mesonero Romanos, entre otros, nos han ofrecido cada uno su explicación y su punto de vista sobre lo que acaeció en esa etapa inicial de la edad contemporánea. Sus escritos han sido considerados por los historiadores como una fuente nada despreciable para el estudio de esta fase inicial del siglo XIX. Pero junto con los testimonios españoles, contamos con un considerable número de escritos, publicaciones y memorias de extranjeros que, por alguna circunstancia, conocieron la España de Fernando VII, y, de una u otra forma, nos dejaron también su testimonio. Sus respectivos focos de atención no coinciden siempre con los de los españoles, tampoco sus explicaciones de los problemas, ni la percepción de la realidad que vivieron de cerca. Por eso, su aportación es a veces interesante y, sin duda, digna de tenerse en cuenta a la hora de recabar la información que nos permita conocer diferentes perspectivas de ese período histórico. Pero sobre todo, esos extranjeros que tuvieron la oportunidad de visitar España por diferentes motivos sacaron una impresión de nuestro país que transmitieron a sus respectivos compatriotas. Así, contribuyeron a forjar una imagen de aquella España que no siempre coincidía con la que tenían los

españoles de sí mismos. Entre esos extranjeros hay que señalar dos grupos importantes: los viajeros y los diplomáticos.

Se ha escrito ya mucho sobre los viajeros extranjeros, y menos sobre los diplomáticos que ejercieron su misión en Madrid y en otras capitales de la Península entre 1808 y 1833. Durante algún tiempo, los libros de viaje fueron poco apreciados como fuente histórica, y criticados por la superficialidad de sus observaciones o por el distanciamiento de la realidad española. Iean Sarrailh¹, que fue uno de los primeros estudiosos que les prestó atención, criticó su superficialidad y su falta de rigor. Y es cierto que en la mayor parte de los casos, su visión de las cosas no permite la utilización de sus escritos como fuente rigurosamente histórica. Ahora bien, también hay que reconocer que existen diferencias dentro del género, y que entre los extranjeros que visitaron España en el primer tercio del siglo XIX, hay quienes pusieron un mayor cuidado en comprender lo que tenían delante y textualizarlo en un escrito, y quienes testimoniaron su experiencia de forma más ligera.

El relato de viaje atrae hoy al estudioso desde nuevos enfoques metodológicos. El interés por estudiar, no tanto el contenido de su descripción como la relación entre el viaje en sí, el discurso y la representación o la imagen que ese discurso proyecta sobre el lector, ha servido para renovar el interés por este género. Los libros de viaje han dejado de ser objeto de análisis exclusivo por parte de los especialistas de la literatura y se ha producido un acercamiento interdisciplinario desde la antropología, la etnografía, el género y también desde la historia².

Durante el reinado de Fernando VII hubo un buen número de viajeros que visitó España. Sin embargo, no fue ésta la etapa de mayor afluencia de extranjeros. Los viajeros románticos, sobre los que se ha escrito más y los que han sido mejor estudiados, comenzaron a llegar algo más tarde³. En el período comprendido entre la finalización de la Guerra

¹ I. SARRAILH, *L'Espagne éclairée*, pp. 319-320.

² Véanse, por ejemplo, Mary Louise PRATT, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, New York-London, Rutledge, 1992; Sara MILLS, *Discourses of difference. An Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism*, London-New York, Rutledge, 1991, o Beck LJECK, *American Writers and the Picturesque Tour: The Search for National Identity, 1790-1860*, New York, Carlando 1997.

³ HOFFMANN afirma que los verdaderos viajeros turistas aparecieron después de 1823 y señala que «avant eette date, seuls vont en Espagne les soldats, quelques réfugiés

de la Independencia y la muerte de Fernando VII, llegó a España lo que Gifra-Adroher califica como la «segunda oleada» de viajeros ⁴. Por sus características se sitúan entre los viajeros ilustrados del siglo XVIII, del tipo de Humboldt, Laborde o Bourgoing, con unos intereses marcadamente científicos y que nos ofrecen datos, estadísticas e informaciones objetivas; y los románticos, como Prosper Mérimée o Théophile Gautier, cuyas apreciaciones y relatos contribuyeron a inventar una España irreal y a crear un estereotipo idealizado y engañoso, destinado a perdurar durante mucho tiempo.

A este segunda oleada pertenece un grupo importante -más por su categoría académica e intelectual, que por su número- de viajeros norteamericanos que visitó España durante el reinado de Fernando VII. El estudio de su presencia en nuestro país y de las circunstancias que los llevó a interesarse por él ha suscitado quizás menos interés que el de los viajeros franceses o ingleses, los cuales han sido objeto de más de un análisis colectivo.⁵ En el caso de los norteamericanos, sólo el breve artículo de Norman F. Tucker⁶ que acompañaba a un catálogo de la exposición celebrada en Boston en 1980 sobre la presencia de España en Nueva Inglaterra y el reciente trabajo, ya citado, de Cifra-Adroher, han venido a poner de manifiesto su relevancia como grupo y, sobre todo, la proyección de sus escritos en los Estados Unidos.

Estos norteamericanos que visitaron España durante el reinado de Fernando VII procedían casi todos ellos de Massachussets. Pero la razón por la que decidieron escoger nuestro país como punto de destino no está muy clara en todos los casos. Resulta curioso señalar que en su mayoría acabaron en España por pura casualidad. Y no es menos curioso que la mayor parte de ellos reunieran la condición de viajeros y al mismo tiempo de diplomáticos. Y los que no lo eran en el momento de visitar la Península fueron encargados de desempeñar alguna embajada en España o fuera de ella, en años posteriores.

bonapartistes et ceux qui voyagent pour affaires» (1. F. HOFFMANN, *Romntique Espagne. L'image de l'Espagne en France entre 1800 et 1850*, Princeton UP, 1961, p. 51).

⁴ Pere GÍFRA-ADROHER, *Between History and Romance: travel wrinting on Spain in the early nineteenth century United States*, Illinois, Associated University Press, 2000.

⁵ Para el caso de los franceses, véanse, además del ya citado de HOFFMANN, E. FERNÁNDEZ HERR, *Les origines de l'Espagne romantique. Les récits de voyage 1755-1823*, Paris, Didier, 1973; y M. REES, *French authors in Spain. 1800-1850*, London, Grand and Cutler, 1977.

⁶ N. F. TUCKER, *Arnericans in Spain. Patriots, expatriates and the early arnerican hispanists*, Boston, Athenaeum, 1980.

El primer Viajero norteamericano que estuvo en España durante el reinado de Fernando VII fue Mordecai M. Noah. Entró en 1813 por el puerto de Cádiz y salió por la frontera francesa, después de haber permanecido dos meses en nuestro país. El relato de su estancia se publicó en 1819 en un libro en el que también recoge su periplo por otros países.⁷ M. Noah llegó a España, un tanto accidentalmente, en su camino para tomar posesión del puesto de cónsul en Túnez para el que había sido nombrado por su gobierno. Él mismo se había interesado por desempeñar esta misión -como explica en su libro- por su deseo de conocer Cartago y su civilización y, al mismo tiempo, para recabar información relativa a la situación, a los recursos y a las condiciones de vida de los judíos en Berbería. Su viaje desde el puerto de Charleston pasó por una serie de incidencias, que le llevaron a Inglaterra primero, después a España y por último a Francia, antes de llegar a su destino. A su estancia en nuestro país le dedica 134 páginas de su libro. Comienza por su escala en el puerto de La Coruña procedente de Inglaterra, para marchar inmediatamente rumbo a Cádiz por mar. Llegó a Cádiz cuando todavía se estaban celebrando allí las sesiones de las Cortes y nos ofrece una descripción muy viva y detallada del ambiente de la ciudad, de su comercio, de sus gentes y de las personas con las que tuvo oportunidad de entrar en contacto. Desde allí comenzó a organizar una operación que le había encargado la Secretaría de Estado de su gobierno, consistente en la liberación de varios marineros norteamericanos que habían sido apresados por los argelinos y llevados cautivos a Argel. Encontró el apoyo del cónsul de su país en Cádiz y de otro comerciante de origen norteamericano que residía en la ciudad y se había nacionalizado en España. Estas gestiones le llevaron a Tánger y a Gibraltar y pudo así recorrer otras poblaciones de la costa gaditana, de las que nos dejó también sabrosas descripciones. Una vez solventado ese problema, y ante las dificultades que encontró para realizar la travesía hasta Túnez desde Cádiz, Noah se dirigió a Francia para, desde allí, embarcar con rumbo a su destino diplomático. Ese nuevo viaje le llevó a recorrer toda la costa del sur y del levante español, pasando por Algeciras, Málaga, Almería, Alicante, Valencia, Tarragona, Barcelona y finalmente Gerona. De todas estas poblaciones nos dejó sus comentarios, junto con algunos bosquejos históricos de cada una de ellas.

⁷ Mordecai M. NOAH, *Trauels irz Erzglarzd, Frarzce, Spairz arzdz the Barbary States, in the years 1813-/4 and 15*, New York and London. Kirk and Marcellin, 1819.

Noah no parece que se sintiera muy feliz en España. Aunque le llamaron la atención favorablemente su ambiente y su paisaje, no podía entender la influencia que el clero y la Iglesia tenían sobre la sociedad. Desde su condición de judío, no podía soportar la intolerancia y falta de libertad que el catolicismo había impuesto en la península. Al final de las páginas que le dedica a su periplo por España, confiesa abiertamente su falta de sintonía con este país: «Éste sería el último país que visitaría por placer; la salud y los negocios son los únicos motivos que uno puede tener para realizar un viaje a España» ⁸.

Inmediatamente después de Noah, llegó a España George Ticknor, que lo hizo en 1816. En un principio, el propósito de Ticknor era el de pasar una temporada en Europa con el objeto de prepararse para ocupar una plaza de profesor en la Universidad. Con ese propósito viajó a Gotinga para estudiar alemán, ya que le interesaban, sobre todo, los clásicos alemanes, los latinos y los griegos; en segundo lugar se inclinaba por el francés y el italiano y sólo en tercer lugar parece que sentía curiosidad por el español, que había estudiado en Boston cuando tenía trece años. Cuando se encontraba ya en Europa, recibió la noticia de que la Universidad de Harvard le ofrecía la cátedra de Literatura Románica. «Si he de ser profesor de literatura española, debo ir a España», escribió a su padre. Ésa, y no otra, fue la razón por la que realmente G. Ticknor vino a España y se especializó en el hispanismo. Fruto de su dedicación fue la publicación de una *Historia de la Literatura Española* ⁹, que vio la luz en 1849 y que se convirtió en el manual de varias generaciones de estudiantes de español en los Estados Unidos.

De su estancia en España, Ticknor no nos dejó un libro de viajes, sino unas cartas y unos diarios, que en su conjunto constituyen un testimonio de la España del primer período absolutista de Fernando VII ¹⁰. Aunque no le interesaba mucho la política, destacan su valoración de muchos aspectos de la realidad española del momento. Frequentó algunos sectores de la sociedad madrileña, pero sobre todo, mantuvo muy buenas relaciones con el cuerpo diplomático destacado en Madrid, en el que hizo muy buenas amistades durante su estancia

⁸ *Ibidem*, p. 193.

⁹ George TICKNOR, *History of Spanish Literature*, 3 vols., New York, Harper and Bro., 1849.

¹⁰ G. TICKNOR, *Life, Letters and Journals of George Ticknor*, 2 vols., Boston and New York, Houghton, Mifflin & Co., 1909.

en la capital. Sobre el valor de su información, Stanley T. Williams dice lo siguiente: «Las observaciones de Ticknor sobre España, además de ser de las más agudas que haya escrito un norteamericano sobre este país, conservarán probablemente valor como testimonio de los tristes días de Fernando VII. Las consideraciones de Ticknor sobre España, que incluyó en uno de sus Diarios antes de cumplir los treinta años, constan de 56 densas páginas de descripción y análisis. Sobre viajes, leyes, clases sociales, educación, sociedad, pintura, literatura, teatro o fenómenos históricos como la Inquisición, dio forma condensada a una valoración del carácter nacional sorprendentemente sólida. Su itinerario, empezando con el agotador, pero alegre viaje desde Barcelona, parece ortodoxo (Madrid, San Ildefonso, Segovia, Aranjuez, Córdoba, Granada, Málaga, Cádiz, Sevilla). Su permanencia en España fue corta (cinco meses) y el espacio que le dedicó en los dos gruesos volúmenes es poco (algo más de tres capítulos). Sin embargo, su amplitud es tanta, la evidencia tan firme y la agudeza de Ticknor tan excepcional, que estos capítulos pueden formar por sí mismos un libro aparte» ¹¹.

Estos dos primeros visitantes norteamericanos constituyen, según Gifra-Adroher, el puente que enlazaba a los viajeros ilustrados del XVIII con los románticos que comenzaron a llegar años después ¹². Y en efecto, tanto Noah como Ticknor compartían un modo de análisis de la realidad empírico y poco dado a las fabulaciones estéticas y a las representaciones ficticias y subjetivas que caracterizarían a la mayor parte de los viajeros que aparecieron posteriormente.

El más conocido de todos estos viajeros norteamericanos es sin duda Washington Irving. Su viaje a España no estaba previsto. Era ya un escritor conocido y se hallaba disfrutando de una estancia en Burdeos, cuando en 1826 fue llamado a España por su amigo el embajador de los Estados Unidos en Madrid, Alexander Everett, para que emprendiese la traducción al inglés de la obra del académico Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde finales del siglo xv*, que estaba a punto de salir publicada. Creía el embajador que ésta era una obra importante y que era conveniente que se diese a conocer a los americanos un estudio sobre Cristóbal Colón y sobre el Descubrimiento de América,

¹¹ Stanley T. WILLIAMS, *La huella española en la Literatura norteamericana*, 2 vols., 11, Madrid, Gredos, 1957, p. 73.

¹² GIFRA-ADROHER, *op. cit.*, p. 68.

elaborado por primera vez con una serie de documentos que Fernández de Navarrete había ido exhumando de los archivos con mucho celo.

Washington Irving atendió la llamada de su amigo y, aunque no figuraba en sus proyectos inmediatos, se presentó en Madrid el 16 de febrero. Tenía entonces cuarenta y dos años y aquí permanecería hasta agosto de 1829. Más adelante haría otra larga visita desde julio de 1842 hasta agosto de 1846. Irving confesaría más tarde en su diario que su primera estancia en España sería la más productiva de su vida ¹³. En ella escribió *The Life and Voyages of Christopher Columbus* (1828) y *A Chronicle of the Conquest of Granada* (1829). El primero de estos libros estaba basado en la obra de Navarrete, pero Washington Irving no quiso hacer una mera traducción de lo que consideraba una mera recopilación de documentos, y consideró más conveniente reescribir el texto, dándole un carácter más narrativo.

Irving se convirtió de esta manera en un consumado hispanista, sin que hubiese tenido antes ningún contacto importante con la cultura, la lengua o la realidad española. Aunque, como afirma Stanley T. Williams, ya se había interesado por algunos relatos históricos españoles en su juventud ¹⁴, Irving descubrió verdaderamente España y la historia española en 1826, en virtud de un encargo casual que le llegó de un amigo que casualmente se hallaba en Madrid, ejerciendo la misión de embajador de su país. Su trabajo en España fue intenso y dedicó la mayor parte del tiempo a leer y obtener información sobre la historia de nuestro país, no sólo a través de la bibliografía que le facilitaron sus amigos, sino consultando los archivos que guardaban los documentos que requería su investigación. Su visita a Sevilla fue debida, sobre todo, al interés por trabajar en el Archivo de Indias.

Washington Irving no escribió ningún libro de viajes que recogiese esta primera estancia. Su visión de España y de los españoles la conocemos a través de su correspondencia y de su Diario ¹⁵. El 7 de mayo de 1827 escribía a Lady Granard: «Cada vez estoy más interesado por esta nación a medida que voy conociendo su personalidad y voy estudiando su literatura» ¹⁶. Sus referencias a la España de la época se centran, sobre todo, en la gente y en el paisaje. Su círculo de amistades

¹³ W. IRVING, *Journals and Notebooks*, 1826-1829, vol. IV, ed. by Wayne R. Kime and Andrew B. Myers, Boston, Twayne Publishers, 1984.

¹⁴ S. T. WILLIAMS, *op. cit.*, 11, p. 20.

¹⁵ W. IRVING, *Letters*, 1823-1838, vol. 11, Boston, Twayne Publishers, 1979.

¹⁶ *Ibidem*, p. 236.

no era muy extenso y sus relaciones se limitaban a la marquesa de Casa Irujo, que era de origen norteamericano ¹⁷. Ya algunos diplomáticos, como el embajador francés, marqués de Moustier, el embajador británico, Frederick James Lamb, y naturalmente el personal de la Embajada de su país. Su viaje a Andalucía en 1828 le llenó de entusiasmo y sus impresiones y sus comentarios quedaron reflejados en su correspondencia. Washington Irving sería nombrado embajador de Estados Unidos en Madrid en 1842.

Así como Ticknor y W. Irving no dejaron de su experiencia en España lo que propiamente se entiende como un libro de viajes, Alexander Slidell Mackenzie escribió uno en dos volúmenes ¹⁸, que encaja perfectamente en el modelo clásico de este tipo de obras. Mackenzie ha sido, a juicio de Gifra-Adroher, un autor poco conocido y poco estudiado ¹⁹. Era marino y su viaje a España en 1828 no se debía a ningún interés especial por este país. Había padecido de fiebre amarilla en una navegación por el Caribe en 1825 y convaleciente aún de la enfermedad, decidió buscar el restablecimiento de su salud en Europa. Decidió venir a España, simplemente porque quería mejorar su conocimiento del español y le atraía la aventura en un lugar que era entonces reputado como peligroso. En su libro ofrece observaciones y comentarios de un interés considerable sobre la situación española. Para un norteamericano que llegaba de un país que había conquistado su independencia hacía algunos años y en el que prevalecía un régimen republicano de libertades, el choque con la España de la segunda etapa absolutista de Fernando VII le causó una profunda impresión. Viajó por Cataluña y Andalucía, y nos ofrece con sus descripciones un cuadro muy vivo de la gente, de las formas de vida y de las circunstancias por las que atravesaba el país. Sus juicios y sus valoraciones quedan recogidos, sobre todo, en el último capítulo de su libro, titulado «General view of Spain», en el que analiza la situación política española y realiza una dura crítica del sistema y de sus responsables. Especialmente mordaz se muestra con la figura de Fernando VII, a quien al principio del libro llama «*Bis Satanic Majesty*» y en este capítulo lo califica de «*bigot and besoted son of sensuality*».

¹⁷ Sarah Armitage Mc Kean (1780-1817), marquesa de Casa Trujo, era una norteamericana que casó con el marqués que detentaba el título, cuando éste fue embajador de España en Washington.

¹⁸ Alexander Slidell MACKENZIE, *A year in Spain by a young american*, 2 vols., London, Murray, 1831.

¹⁹ P. CIFRA-ADROHER, *op. cit.*, p. 92.

Como era lógico esperar, sus ataques y sus acusaciones, una vez publicada la obra, no gustaron nada al Gobierno español, que debió enterarse pronto de los términos en que estaban redactadas algunas de sus páginas. La reacción oficial fue fulminante: se emitió una real orden de Fernando VII, mediante la cual, no sólo se prohibía el libro, sino que se le prohibía al propio Mackenzie volver a España. «Esta indigesta producción –se decía del libro– está llena de falsedades y de groseras calumnias contra el Rey N. S. y su augusta familia, y en consecuencia es la Soberana Voluntad de S. M. que no sólo se impida la introducción de este libro en el Reino, sino que se niegue la entrada en él de su autor si volviera a presentarse, como se propone según parece verificarlo con el objeto de denigrar a nuestros soberanos y hacer necia mofa de nuestras instituciones y costumbres»²⁰. A pesar de todo, Mackenzie volvió, pero a comienzos de 1834, cuando ya había muerto Fernando VII y escribió otro libro titulado *Spain revisited*.

Henry Wadsworth Longfellow fue otro de los norteamericanos que visitó España en esta época, aunque el interés de su testimonio sobre la España de Fernando VII sea de menor importancia. Su estancia duró poco más de seis meses, de marzo a septiembre de 1827, y como señala Gifra-Adroher, su visión del país era más espiritual, de tal forma que no le preocupaba lo etnográfico, ni lo histórico, sino que lo que le interesaba era crear en el lector de sus escritos un puñado de emociones y de reacciones espirituales²¹. No sentía curiosidad por la realidad española de aquel momento, sino por lo que fue su pasado. «Mi mente escapa de la degradación del presente para refugiarse en la gloria del pasado», llega a afirmar en un pasaje de su obra²². La única referencia que hizo de la situación política de la España que conoció fue la de una dura alusión al monarca: «Llegará el día en el que el pie del tirano será arrancado del cuello de España», pero rápidamente añadía: «no me interesa la política, no hablaré más de este tema»²³.

²⁰ A. S. MACKENZIE, *Spain revisited*, 2 vols., London, 1936.

²¹ P. GIFRA-ADROHER, *op. cit.*, p. 158.

²² Henry Wadsworth LONGFELLOW, *Outre-Mer; a Pilgrimage Beyond the Sea*, 2 vols., New York, Harper and Bro., 1835. Tampoco en su correspondencia es posible encontrar notas o informaciones de interés sobre la España de estos años. Únicamente menciona la ceremonia que presenció en el Palacio Real del lavado de los pies a varios pobres por parte de los reyes, y que, a juzgar por los comentarios que hace, no entendió en absoluto.

²³ *Ibidem*, p. 187.

Longfellow se convirtió a su regreso a los Estados Unidos en un destacado hispanista. Había sido impulsado a realizar el viaje por su amigo y maestro G. Ticknor, y ocupó la cátedra de Literatura española en Harvard, cuando éste la dejó.

Viajero y más tarde diplomático fue Caleb Cushing, quien estuvo por primera vez en España en 1829 y 1830, y fue más tarde nombrado embajador en nuestro país, concretamente entre 1874 y 1877. Su primera visita a España fue debida a razones personales, pues después de haber perdido unas elecciones al Congreso de los Estados Unidos, quiso tomarse un descanso y alejarse de la política norteamericana, mediante la realización de un viaje a Europa. Sin embargo, en su decisión de visitar España debió influir la relación con Ticknor, con el que estuvo en contacto durante sus años como tutor en la Universidad de Harvard, precisamente durante los años inmediatamente posteriores al regreso de éste de nuestro país.

Su obra, *Reminiscences of Spain*²⁴, es un auténtico libro de viajes y aunque en él no se encuentran aún las reflexiones de carácter político ni que suelen caracterizar los trabajos de los diplomáticos, su biógrafo Claude M. Fuess afirma que Caleb «empleó mucho tiempo en reunir información sobre las cuestiones políticas y legislativas»²⁵. Hay que tener en cuenta que cuando inició su carrera diplomática, después de su viaje a España, Cushing se destacó particularmente por la precisión y el interés de sus informes, calificados como «los escritos de uno de los observadores políticos más astutos, y están considerados como los informes diplomáticos más finos producidos por un diplomático americano durante el último siglo»²⁶. A pesar de todo, Gifra-Adroher lo incluye, aunque con algunas matizaciones, dentro del grupo de los viajeros de la etapa romántica, más imaginativos que informativos²⁷.

La esposa de Cushing, Carolina, que viajó con él, escribió otro libro de este viaje²⁸. Ese hecho supone ya de por sí una excepción,

²⁴ Caleb CUSHING, *Reminiscences of Spain; the Country, its People, History and Amusements*, 2 vols., Boston, Cartel, Handee & Company, 1833.

²⁵ Claude M. FUESS, *The Life of Caleb Cushing*, 2 vols., Hamden, Conn. Anchor, 1965.

²⁶ Cfr. la Introducción de Margaret D. BENETZ a *The Cushing Reports*, Salisbury, NC, Documentary Publications, 1976, p. X.

²⁷ CIFRA-ADROHER, *op. cit.*, pp. 191 ss.

²⁸ Caroline Elisabeth (Wilde) CUSHING, *Letters, Descriptive of Public Monuments, Scenery, and Manners in France and Spain*, 2 vols., Newburyport, Mass., E. W. Allen, 1832.

pues no es frecuente encontrar un libro de una Viajera por España en una fecha tan temprana. Para Gifra-Adroher, aparte de representar un fenómeno de afirmación de género, supera en profundidad, detalle y frescura al análisis que ofrece su marido ²⁹. Carolina Cushing visitó museos, contempló iglesias, asistió a festivales y a corridas de toros y presencié la boda de Fernando VII con María Cristina de Nápoles. Es decir, su perspectiva de la España de la época se centra más en la esfera de lo privado, en lo popular y en las costumbres, cosa que por otra parte suele ser característico en los libros de viaje femeninos.

Aunque no llegó a visitar nunca España, merece ser citado en esta relación William H. Prescott, un historiador que dedicó a los estudios hispánicos toda su vida y que mantuvo un contacto con algunas personalidades españolas para poder llevar a cabo su trabajo sobre el pasado de nuestro país. A su condición de hispanista llegó de una forma un tanto casual. S. T. Williams afirma que el interés de Prescott por España «resulta sólo experimental, vacilante y casi accidental» ³⁰. Quedó casi ciego siendo muy joven, como consecuencia de un desgraciado accidente cuando se hallaba bromeando con algunos compañeros de la Universidad. Y a pesar de todo, con una enorme tenacidad y con la ayuda siempre de algún familiar o de alguna secretaria, se dedicó al estudio de la Historia de España. Sus libros sobre los Reyes Católicos o sobre la conquista de Méjico y el Perú requirieron la consulta de una numerosa bibliografía, que le fue suministrada por algunos estudiosos españoles o americanos desde España. Pero lo más sorprendente, teniendo en cuenta la dedicación y el grado de entusiasmo con los que Prescott llevó a cabo su labor, es que habiendo emprendido un viaje por Europa en 1850, no se le ocurrió visitar España. Dio a conocer el pasado español de los siglos XV y XVI, pero no llegó a conocer directamente su realidad contemporánea.

Todos estos norteamericanos que conocieron de una u otra forma España durante el reinado de Fernando VII dejaron su impresión y sus comentarios sobre nuestro país y contribuyeron a proyectar su percepción personal sobre los lectores de sus obras. Su visión era, en general, amable y poco crítica, salva en los que hacían referencia a la política y a la figura del monarca. Pero, independientemente de su atención y de su actitud con respecto al régimen de la Monarquía absoluta, sus informaciones y sus datos no dejan de tener su utilidad

²⁹ CIFRA-AOHOIIEI, *op. cit.*, p. 190.

³⁰ S. T. WILLIAMS, *op. cit.*, 11, p. 113.

para recomponer la España de esa época y, sobre todo, para conocer cómo se nos veía desde fuera. Es cierto que hay una cierta vaguedad e imprecisión en la mayor parte de sus libros, pero a cambio ofrecen una nueva perspectiva que enriquece el testimonio de los escritos españoles.

El caso de los diplomáticos que estaban ejerciendo su misión es distinto. Su objetivo era diferente cuando transmitían información sobre España. Ellos no se detenían en descripciones artísticas, ni el relato de sus peripecias personales. Sus escritos, sus memorias y su correspondencia estaban dirigidos a ofrecer una información veraz, lo más objetiva posible y, sobre todo, útil. y en todo caso, cuando emitían su opinión lo hacían de una forma que podríamos llamar profesional, es decir, despojada de cualquier carácter literario o estilístico. No lo hacían para atraer a un posible lector, como los viajeros, sino que lo hacían para ofrecer a sus superiores una información práctica. Su testimonio no estaba dirigido a unos lectores anónimos y, aunque alguna vez llegara a publicarse, en general quedaba reducido al ámbito oficial. Pero aun así, también hay diferencias entre ellos. No todos eran igualmente celosos de su misión, y junto a diplomáticos, de mayor o menor rango, que se preocupaban por emitir informes sobre todo: sobre la política, sobre la economía, sobre el carácter de la gente, y sobre otras muchas cosas; también los había que no escribían casi nada, o que cuando lo hacían, sólo se referían a cuestiones puramente técnicas -permisos, pasaportes, despacho de navíos, etc.- o de escaso interés para el historiador.

Para España contamos con la documentación diplomática de los agentes norteamericanos en España, que se conservan en los *National Archives* de Washington. De y que son de un contenido muy variado. La mayor parte de esa documentación inédita no ha sido aún objeto de análisis por parte de los estudiosos del pasado, a pesar del interés indudable que encierra para el conocimiento de muy diversos aspectos de la realidad española de la época³¹. Los Estados Unidos de América,

³¹ La importancia de la documentación consular ha sido ya puesta de manifiesto en diversos estudios que la han utilizado como fuente principal. Nicolás SÁNCHEZ ALIPIORNOZ publicó un estudio sobre los informes comerciales de los cónsules británicos en el siglo XIX. Jan ROBERTSON, en la introducción de su obra *Los curiosos impertinentes* (Madrid, Editora Nacional, 1976) destaca la importancia de los escritos de una generación notable de cónsules británicos, de 1820 a 1830, entre los que destacaban John Braekembury en Cádiz, Julian Williams en Sevilla y William Mark en Málaga. Sobre la riqueza

además de la Embajada en Madrid, tenían abiertos varios consulados en la Península. Estos consulados estaba situados estratégicamente en las principales ciudades portuarias, ya que la mayor parte de los asuntos que tenían que despachar estaban relacionados con el tráfico marítimo de mercancías y con el movimiento de ciudadanos que generaba esta relación comercial. Así pues, en la época de Fernando VII existían consulados norteamericanos en Cádiz, Málaga, Valencia, Barcelona, Bilbao y La Coruña.

Uno de los cónsules más destacados de este período en España fue Obadiah Rich. Este ciudadano norteamericano había llegado a España por primera vez en 1807. Procedía también de Nueva Inglaterra y era comerciante de libros. Como empleado de una casa comercial de Bastan fue enviado, primero a Montpellier, y de allí pasó al poco tiempo a España, donde estuvo hasta el comienzo de la Guerra de la Independencia. Su actividad comercial, destinada a abastecer con obras publicadas en Europa al círculo de intelectuales y de gente culta de aquella parte de su país, le permitió desarrollar unas intensas relaciones sociales. Cuando terminó el conflicto, Rich solicitó ser nombrado cónsul en Málaga. No consiguió ese destino, pero después de insistir, fue nombrado cónsul de Estados Unidos en Valencia en 1816. Allí vivió la Revolución liberal de 1820 y no disimuló su entusiasmo por el triunfo de la Constitución. Hizo publicar una carta en el diario de Valencia, *el O* de abril de aquel año, de la que mandó una copia al Secretario de Estado de su país, John Quincy Adams, que decía así: «Siendo el único representante en esta ciudad de una Nación verdaderamente libre, considero mi deber felicitar a los funcionarios públicos bajo el nuevo orden de cosas, inmediatamente después de la toma de posesión, después del feliz cambio que ha tenido lugar y mediante el cual sus gentes han pasado, de ser los súbditos esclavizados de la Monarquía más despótica de Europa, a convertirse en ciudadanos libres de un gobierno constitucional que puede compararse al nuestro»³².

No se sabe muy bien lo que hizo Rich durante el Trienio, pero en 1823 se le localiza en Madrid, tratando de cuidar los archivos de la Legación de su país. Durante estos años no había dejado su actividad como comerciante de libros y parece que en aquellos momentos se

de información de algunos informes de cónsules norteamericanos en la España del siglo XIX, véase mi artículo «Un cónsul norteamericano en la revolución gaditana de 1868», en *Cádiz-Hispanoamérica*, núm. 4, Cádiz, 1986, pp. 36-39.

³² Cfr. N. S. TUCKER, *op. cit.*, p. 6.

abrían unas extraordinarias perspectivas para este negocio, porque estaban apareciendo en el mercado importantes archivos y bibliotecas de familias nobles españolas y de eclesiásticos. Una de las bibliotecas que se vendieron en aquellos momentos fue la de Antonio Conde, conocido Bibliotecario de El Escorial y autor de una *Historia de la Dominación de los Árabes en España* (1820-1821). Conde había sido amigo de Ticknor, y Rich se aprovechó de esa circunstancia para comprar sus libros.

Desde la sede de su Embajada en Madrid, Rich escribió al Secretario de Estado en Washington dándole información sobre la situación en la que se encontraba la capital de España a los pocos meses de haber entrado el duque de Angulema con sus tropas, para restaurar la Monarquía absoluta. Le daba cuenta de la alegría de la población madrileña (las *lowest classes*) cuando llegó la noticia de la puesta en libertad de Fernando VII por parte de los liberales, ya que la gente **-deda-**no quería que el rey volviese como rey constitucional, sino como rey «absoluto».

Rich tuvo algunos problemas, porque con los precedentes de su actitud en 1820, las autoridades absolutistas españolas incitaron a los soldados franceses a que actuasen contra él. Rich protestó al duque de Reggio y se vio obligado a poner la enseña consular sobre la puerta de su casa para evitar que se le molestase. El nombramiento de Víctor Sáez no le permitía abrigar muchas esperanzas de que la situación cambiase y así se lo comunicó a Adams: «not afford much hope of his adopting anything like a liberal policy»³³. Sus temores se hicieron realidad cuando en los meses sucesivos se publicaron varios decretos sobre la censura de libros, que naturalmente afectaban a su negocio de compraventa de ejemplares. En 1825, cuando volvía de un viaje a París y Londres con varios paquetes de libros y con despachos de las legaciones de su país en esas capitales, fue detenido en Miranda del Ebro y confiscadas las publicaciones por considerárselas subversivas. El embajador en Madrid, Alexander H. Everett, que había sido nombrado recientemente para el cargo, protestó airadamente ante el ministro español González Salmón y consiguió que se le devolvieran los libros. El incidente se zanjó adecuadamente, pero la actuación de las autoridades españolas ponía de relieve la desconfianza que suscitaban las actividades del cónsul y el desproporcionado control de que era objeto por su «sospechosa» actividad como comerciante de libros.

³³ *National Archives* (Washington), O. Rich to J. Q. Adams, Madrid, August 18, 1823 (TUCKER, *Op. cit.*, p. 7).

Junto a la simple correspondencia de cónsules o embajadores, sobre la situación de España, es posible encontrar también, a veces, informaciones y opiniones de los diplomáticos en páginas impresas, que se publicaron con diferente finalidad. Ése es el caso del libro del embajador norteamericano en España, Alexander H. Everett, quien en 1828 publicó un ensayo sobre la situación de las naciones europeas, comparada con la de América. La obra se publicó en inglés, pero se tradujo al español en Estados Unidos, sin saberse muy bien con qué finalidad ³⁴.

Alexander H. Everett había nacido en Baston en 1790 y se había educado en la Universidad de Harvard. Formaba parte, por tanto, de ese grupo de universitarios de Nueva Inglaterra que iba a entrar en contacto con España en los años del reinado de Fernando VII. Comenzó su carrera diplomática en San Petersburgo en 1809, en compañía de John Quincy Adams, que era entonces embajador en Rusia, y estuvo después entre 1818 y 1823 como Encargado de Negocios en los Países Bajos. Después de permanecer durante cuatro años como embajador en Madrid, fue enviado a La Habana y posteriormente a China, donde murió en 1847.

Con respecto a su experiencia en España, Everett dejó constancia de su parecer sobre el sistema político de la Monarquía absoluta y sobre las circunstancias que permitieron su restablecimiento en 1823, en su ensayo de 296 páginas. En él, después de hacer una alabanza del sistema liberal que se practicaba en América y que, según él, daba lugar a la prosperidad, a la igualdad, a la actividad intelectual y moral «en grado superior», a las comodidades materiales de la vida, etc., criticaba a los sistemas despóticos europeos. Para Everett, la situación de los países en los que regían esos sistemas no podía ser más lamentable: unos cuantos individuos monopolizaban toda la propiedad; la masa de la comunidad permanecía pobre, abatida y miserable; no había circulación de ideas, ni expansión de los conocimientos; las artes están arrinconadas y las actividades culturales limitadas al mínimo ³⁵.

Después de realizar este planteamiento, no resulta extraño observar cómo el embajador norteamericano criticaba la intervención francesa para derribar el régimen constitucional en España en 1823. No se explicaba Everett cómo habían intervenido en preparar esta operación

³⁴ Alexander H. EVERETT, *América o examen general de la situación política de las diferentes potencias del Continente Occidental con conjeturas sobre su suerte futura*, Northhampton, Mass., 1828.

³⁵ *Ibidem*, p. 12.

los ministros Villele y Chateaubriand, puesto que aunque estos políticos franceses eran declarados monárquicos, su monarquismo no se alineaba con el absolutismo que contribuyeron a restablecer en España. La única explicación que encuentra el diplomático norteamericano es que Chateaubriand, que fue nombrado Ministro de Asuntos Exteriores en Francia después de la muerte de Montmorency, pretendía establecer una Monarquía moderada, similar a la que regía en Francia en aquellos momentos. Sin embargo, si eso era así, su propósito no pudo ser cumplido, ya que al ordenar la invasión del país «depositó el antiguo poder en manos del clero español». Su política erró y no pudo controlar la situación que sobrevino en España una vez que el sistema liberal fue derribado. «El apóstol de las constituciones -escribe Everett- terminó su intervención armada a favor del gobierno representativo, estableciendo una teocracia virtual, en la persona de Víctor Sáez, confesor del Rey»³⁶. Con la anulación de la Constitución desaparecía para siempre toda esperanza de renovación de la industria, la prosperidad y el poder de aquel ilustre y, en otros tiempos poderoso, Estado. La reflexión a que esto le llevaba era pesimista, pues opinaba que la destrucción de la libertad remató en España la obra que se había comenzado en Italia y que estaba destinada a establecer el despotismo en toda Europa.

El embajador norteamericano no entendía cómo Francia había presentado como pretexto para la intervención armada en España el peligro que representaba el régimen constitucional español, ya que Francia también se regía por un sistema de Monarquía constitucional. Para Everett, el verdadero peligro no estaba en España, sino en Rusia, con su poder «arbitrario» y sus ansias de expansión.

El resultado de todas estas disquisiciones no le llevaba a otra conclusión que ésta: Europa era un continente que estaba perdido y había que mirar a América, donde la situación se había despejado con la emancipación de las colonias españolas en el Nuevo Mundo. Estaba claro que los Estados Unidos, con el reconocimiento de la independencia de estas antiguas colonias, tomaba partido rápidamente a favor de las nuevas repúblicas. Incluso el presidente Monroe declaró que consideraría la intervención de cualquier Estado a favor de España como un paso hostil hacia los Estados Unidos. El hecho de que los países europeos, excepto Inglaterra, hubiesen tomado partido por España hacía creer a Everett que se había declarado poco menos que una guerra

³⁶ /*bidern*, p. 26.

entre los continentes. «España -decía el embajador- atrae las simpatías de las potencias continentales de Europa, porque sus gobiernos se fundan en principios arbitrarios y porque este estado de cosas hacen naturalmente que desapruében la circulación de los principios liberales en ninguna parte del globo, y temen la influencia de dichos principios entre sus mismos súbditos»³⁷.

La postura de Everett era lógica al ser la de un representante de una nación que se sentía orgullosa de su independencia, recientemente lograda en lucha contra una potencia colonizadora europea, y eso le llevaba a sentirse como un observador que se creía legitimado para opinar de esta manera. Su actitud se resume en esta frase: «Los hispanoamericanos pelean por su independencia y libertad, y los Estados Unidos se interesan en su suerte, porque no hace mucho que se hallaban en un conflicto igual, por medio del cual han adquirido la preeminencia que ahora disfrutan»³⁸. Lo más notable de esas disquisiciones eran algunos de los argumentos que le habían llevado a esas conclusiones: «... la conquista de los florecientes imperios de Méjico y Perú, por una horda de invasores, muy inferiores a sus habitantes en la verdadera civilización, y tan sólo superiores a ellos en lo que a un salteador vigoroso, bien armado y forajido, lo es al ciudadano pacífico que ataca en su misma casa o en un camino desamparado». Todo lo contrario de lo que había sucedido en el norte. Si los indígenas de los territorios conquistados por los españoles no habían causado ningún problema por su carácter pacífico, los indígenas del norte no habían provocado más que conflictos por su violencia. Así, «... no hemos podido someter a los salvajes hasta haber efectuado su total exterminio y nuestros antepasados se han visto en la precisión de sostener una guerra incesante con ellos»³⁹.

Diplomáticos y viajeros exportaron una imagen de esta España de comienzos de siglo que se ofrecía al mundo en un momento crítico de su desarrollo histórico. España acababa de salir de la Guerra de la Independencia y parecía ya irreversible la pérdida de la mayor parte de su imperio colonial. Desde el extranjero se percibía de una forma clara la pérdida de peso internacional que la España de Fernando VII había experimentado y su reducción a potencia de segundo orden. España comenzaba a ser para el otro, para el que la observaba desde fuera,

³⁷ *Ibidem*, p. 192.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ *Ibidem*, p. 144.

sólo pasado. Los americanos que llegaron a España en esos años se encontraron con un país cuya realidad presente no les entusiasmaba tanto como su realidad histórica. Ticknor viene buscando las riquezas de su literatura y de su lengua, mientras que Washington Irving y Longfellow descubren el atractivo de una historia llena de reminiscencias medievales. Noah, Mackenzie y el matrimonio Cushing se centraron más en ofrecer información de lo que vieron y experimentaron, sin que eso les impidiera remontarse al pasado para explicar mejor la situación por la que el país estaba atravesando. En un momento de repliegue sobre sí misma, un historiador americano como Prescott buscaba en el estudio de la Historia del siglo XVI la satisfacción de su curiosidad por conocer la génesis del Imperio español en América.

Uno puede preguntarse: ¿Por qué estos americanos en España, en este momento? Su presencia no responde a ningún plan establecido. Ya hemos comprobado cómo la mayor parte de ellos llegan a nuestro país sin que haya una razón imperiosa que los atraiga. Vienen un poco por casualidad. España no debía ser en aquellos años un país atractivo para el que buscarse un viaje de placer. Recién salido de la guerra, con graves conflictos en el interior y con una guerra colonial cuyo resultado era ya más que previsible, el país no presentaba más que inconvenientes para el visitante. No aparecen muchos viajeros extranjeros en España durante el período de la posguerra de la Independencia. De los que dejaron una huella más duradera por sus escritos hay que destacar solamente a los británicos Michael Quin, que estuvo en España cinco meses entre 1822 y 1823, Y Richard Ford, que llegó ya en las postrimerías del reinado de Fernando VII, en 1830. Los franceses se resistían a venir a un país con el que habían mantenido un conflicto tan violento y sólo después de la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis comenzaron a atravesar la frontera. La mayor parte del reinado de Fernando VII está, pues, casi monopolizada por la presencia de este grupo de viajeros norteamericanos, aunque su visita no responda más que a la coincidencia de una serie de factores completamente aleatorios.

¿Qué imagen de España ofrecieron a sus lectores en los Estados Unidos? Su actitud, de extrema curiosidad, se centró en la observación y en el estudio de la riqueza de su pasado literario, artístico o histórico. Del presente, sólo les interesó la trayectoria que siguió el proceso constitucional y la pérdida de las libertades conquistadas a manos de la Monarquía absoluta. Su postura -como ha señalado con acierto

Gifra-Adroher- era de una cierta superioridad cultural, pero habría que añadir que también política. Había en ellos como una mirada de condescendencia hacia un país que mostraba síntomas de debilidad en el interior y en sus relaciones exteriores y que sin embargo encerraba una riqueza cultural e histórica como pocos en el mundo. Esta visión se acentúa en el diplomático que se halla ejerciendo oficialmente la representación de su país. Parece que su misión hacía consciente a Alexander Everett de su responsabilidad de mostrar los errores cometidos por España en su política colonial y en su política europea. En su largo ensayo, se permitió señalar los males que, a su juicio, padecían los países del viejo continente y aventuraba una reordenación de la situación internacional para el futuro, en la que, naturalmente, América ocuparía un puesto de privilegio. En el conflicto colonial, todos se alinearon claramente con el movimiento independentista. Prevalecía en ellos el sentimiento de solidaridad continental y veían en la aparición de las nuevas repúblicas americanas el comienzo de una era de protagonismo internacional del Nuevo Mundo sobre el Viejo Continente.

¿Hasta qué punto caló esta visión de la España de comienzos del siglo XIX en el pueblo norteamericano? ¿Qué idea de España prevalecía entre el ciudadano medio de los Estados Unidos? Es muy dudoso que los escritos de este grupo de intelectuales y diplomáticos tuviesen un efecto, siquiera mediano, sobre la gente corriente de su país. Puede ser, como afirma Tucker, que influyese en despertar en interés por España en la región de Nueva Inglaterra⁴⁰, pero estudios realizados sobre la educación de los norteamericanos en el siglo XIX a través de los manuales escolares han puesto de manifiesto la difusión a esos niveles de una imagen de España distinta, basada en su pasado histórico, pero en sus aspectos más negativos⁴¹. La intolerancia, el atraso, la crueldad de los conquistadores, la avaricia y la rapiña de los españoles en América, contribuyeron a forjar una estereotipo, que tenía poco que ver con la visión más atractiva que reflejó este grupo de viajeros y diplomáticos.

Es cierto que la España de Fernando VII no despertó excesivamente el interés de estos americanos, y sin embargo se rindieron estética y emocionalmente ante las glorias de su *pasado*. Descubrieron la España

⁴⁰ TUCKER, *op. cit.*, p. I.

⁴¹ Cf. Ruth ELSON, *Gardians of tradition. American School Books of the Nineteenth Century*, Lincoln, Nebraska, 1964.

que *fue* y no dieron muestras de sentirse muy interesados por la España que *es*. Y sin embargo, su testimonio ha de ser valorado de igual forma que otros muchos lo han sido ya, para ayudarnos a entender aquella etapa tan conflictiva y tan contradictoria en los inicios de la Edad Contemporánea.